

## EN TORNO A LOS ALCANCES DE LA DIVERSIDAD COMUNITARIA

RUBÉN CHUAQUI

En medio de la incertidumbre en que en varios rincones del globo se desenvuelve la lucha por alcanzar una democracia efectiva, es común puntualizar los factores que dificultan la tarea o que, en el extremo, la hacen imposible a juicio de los comentaristas. Así, por ejemplo, se resaltan la estructuración de las sociedades y su funcionamiento, o ciertas peculiaridades culturales.

A menudo se aduce la proliferación de comunidades disímiles dentro de una sociedad como un riesgo propiciador del faccionalismo, y por ende de la ingobernabilidad, y coartador del logro de los consensos mínimos de convivencia. Hoy suele mostrarse en primer plano la fragmentación comunitaria de la mayoría de los países árabes, y se tiende a destacar la diversidad étnica y tribal, por una parte, y religiosa, por otra. Acostumbran destacarse los casos de Sudán, Yemen, Líbano, Iraq y Siria. No es raro que junto al peligro de la fragmentación se añada a los movimientos islamistas como supuestos obstáculos a la democratización. Desde luego, no necesariamente coinciden en un Estado o grupo de estados de la región diversidad comunitaria e islamismo. Se supone que aparece un factor de complicación cuando los movimientos islamistas se dan en un marco de fragmentación comunitaria.

Algunos observadores recalcan el papel de gobiernos autoritarios que mantendrían a raya los faccionalismos

recurriendo a varios expedientes. Por ejemplo, se ha señalado el hecho en reiteradas ocasiones a propósito del fin de la República Federativa de Yugoslavia. Subyace a ello una especie de teoría elemental del gobierno fuerte que mantiene controlada la olla de presión, la caldera que estalla cuando el gobierno desaparece o se debilita. Desde el exterior se han propuesto de vez en cuando remedios drásticos al faccionalismo, remedios que crean problemas más graves, como la partición de esas sociedades en estados separados, a razón de uno por comunidad. Con menor frecuencia, y desde dentro, se ha propugnado la homogeneización forzada. Parecería, entonces, darse una disyuntiva incómoda: o gobierno autoritario o fragmentación conflictual de la sociedad. No sobra señalar que los regímenes autoritarios han proliferado en estados bastante homogéneos en el plano de la diversidad comunitaria, así como en otros casos ha habido periodos de pluralidad tranquila, por decirlo así, en países como el Líbano, cuyo sistema político confesional, por otra parte, ha demostrado poseer un potencial inhibidor de la disminución de la desigualdad social y, lo que es más grave en relación con el derecho a la vida, catalizador de devastadores conflictos. Sin embargo, aun en varios periodos agitados y de fuertes tensiones político-sociales se han fraguado allí alianzas entre facciones de comunidades de procedencia confesional distinta; hoy mismo podrían señalarse la coalición del 8 marzo y su contendiente, la del 14 marzo.

Los nacionalismos han tendido a minimizar o atenuar las diferencias comunitarias (pero, por otra parte, los nacionalismos han solido tener –y el mundo árabe no es excepción– una dinámica autónoma, no han estado determinados por la multiplicidad étnica o confesional, cuando ésta ha existido, aunque haya incidido en el surgimiento de aquéllos).

No basta con constituir un grupo identificable e identificador para que haya predisposición a actuar de manera solidaria con los propios. Se requiere espíritu de cuerpo,

`asabiyya, si se prefiere. ¿Qué ejes conviene tomar? Como adelantábamos, los habituales son religión, etnia y (grupos de) parentesco socialmente considerados (es decir, dando cabida a ciertas ficciones desde el punto de vista biológico); dentro de estos últimos, acostumbran considerarse clanes y tribus, concebibles como subetnias. Desde luego, hay comunidades que se reconocen a la vez étnicas y religiosas.

Hay identidades que matan, dice Amin Maalouf, en el estimulante ensayo *Les identités meurtrières*. Desde un ángulo distinto, Amartya Sen aborda el tema en su libro *Identity and violence*. Vistas desde fuera, en cuanto partes de un conjunto, las identidades grupales se dan en el seno de diversidades comunitarias, que internamente pueden configurarse como otras tantas solidaridades, no necesariamente excluyentes ni incompatibles, pero cuyos respectivos detentadores pueden embarcarse de modo colectivo en conflictos y enfrentamientos capitales. Ambas obras llaman la atención sobre los peligros de la exacerbación de ciertas identidades exclusivistas y aventuran algunas sugerencias para evitarlos. Para nada señalan como dañina la mera proliferación de identidades dentro de una sociedad, la coexistencia de identidades varias, que en ciertos casos un mismo grupo o individuo podrá o no asumir simultáneamente. Tampoco son en absoluto partidarios de las identidades estancas, y mucho menos de la eliminación o proscripción de identidades importadas, por su condición de ajenas al organismo social. En ambos autores es perceptible una visión positiva del diálogo entre miembros de distintas culturas y la provechosa fecundación que tales intercambios suelen entrañar. Es preciso, por tanto, distinguir tales posiciones de otras excluyentes, que sin embargo, se escudan en la necesidad de desembarazarse de determinados exclusivismos. El perpetrador de las recientes matanzas de Oslo y Utonya, Anders Breivik, incluye en su ideario el rechazo al multiculturalismo. En esto coincide con la postura asumida últimamente por la Sra. Merkel, la can-

ciller alemana, aunque las trayectorias de ambos personajes son marcadamente diferentes. No basta con advertir que en uno y otro caso se trata de una oposición a cierto tipo de diversidad social. Naturalmente, no todo el mundo es partidario de todo tipo de diversidad social. Por ejemplo, en las más variadas sociedades suele perseguirse a los colectivos considerados delincuenciales. Y, de paso, no es infrecuente discriminar a minorías de variada índole, por inofensivas que sean. Tras el rechazo al multiculturalismo puede agazaparse una impugnación de colectivos específicos caracterizados por ciertas normas y conductas o, si se prefiere, normas en sentido deóntico y estadístico. Es interesante comprobar una y otra vez cómo en el discurso una discriminación a los miembros de una categoría particular se disfraza de objeción a una categoría general de personas o grupos y sus correspondientes actuaciones. Así, se sostendrá: “No tengo nada contra estos tales, no es nada personal; me opongo a cualesquiera personas o grupos que...” Valdría la pena asomarse, así sea cursivamente, a esta temática en relación con países de fuera de la región medio-oriental y norte-africana. La inquietud parece surgir o recrudecerse en relación con la inmigración de poblaciones culturalmente alienígenas, en épocas de crisis social y económica en los países receptores. No es marginal evidenciar cómo la argumentación opuesta a cierto tipo de inmigración incorpora los mismos rasgos que achaca a la cultura de origen de los migrantes, entre otras cosas la incapacidad congénita de prohiar la democracia.

En Europa, entre los críticos del llamado multiculturalismo, el primer objetivo del ataque suele ser el Islam, y particularmente personificado, encarnado en la inmigración y asentamiento de musulmanes. Nuevo rasgo desencaminador: se esgrime como argumento y se censura la falta de integración, cuando no de asimilación; no es difícil conjeturar que a ojos de los impugnadores no bastaría con la integración de los inmigrantes, si llegara a darse; sobran los

ejemplos de discriminación contra poblaciones largamente asentadas en algunas regiones; sin ir más lejos, en nuestro continente las poblaciones americanas de origen africano. Así, pues, en el rechazo hay un plus que suele guardarse bajo la manga. Un conspicuo ideólogo de los impugnadores del llamado multiculturalismo es el destacado politólogo Giovanni Sartori, especialmente en una obrita que durante unos años gozó de cierta difusión y predicamento, *Pluralismo, multiculturalismo e estranei. Saggio sulla società multiétnica* (Rizzoli, 2000), y que en castellano fue publicada con el título *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros* (Taurus, Madrid, 2001). Allí, aparte de elementos válidos se advierten notorias distorsiones, y en primer lugar una ignorancia casi absoluta del Islam, al que se caracteriza siguiendo los estereotipos más socorridos. Creo que un esclarecimiento importante sobre el tema reside en las relaciones conceptuales entre multiculturalidad y otros tipos de diversidad. En sí el planteamiento de Sartori acerca del pluralismo como característica de las sociedades políticamente desarrolladas no es insensato. Empero, ha de decirse que el autor distingue pluralismo de multiculturalismo. La diferencia entre la diversidad deseable y la indeseable estribaría en una falla inadvertida o minusvaluada por los partidarios de la coexistencia de varias culturas en una sociedad: la pretendida existencia, en representantes de determinadas culturas, de la aspiración a la exclusión de otras culturas y en definitiva de sus representantes. Es decir, habría colectividades signadas por determinados credos o culturas que no están dispuestas a atenerse a unas normas que rijan para todas las que integran una sociedad o Estado y, lo que es peor, que lo que buscan es aplastar a las otras colectividades.

Menos usual es incorporar al repertorio de posibles puntos de fractura en las sociedades géneros de vida en relación con el hábitat (sedentarios y nómadas y las transformaciones

de unos en otros), o urbanos y rurales (dentro de estos últimos incluyendo cultivadores de productos vegetales, pastores y mineros; es decir, de un modo más claro, urbanos y no urbanos), o referirse a particularismos espaciales (vecindad, zona, etc., asentamiento reciente o antiguo en determinado espacio), profesionales, de sexo, u otros colectivos donde a veces es difícil efectuar el deslinde, por más que en los grandes números no lo sea: de clase o estrato, de edad. Entre los factores pertinentes para aproximarse al funcionamiento de las particiones destacan por lo menos dos generalmente vinculados: cómo se distribuye el poder interna y externamente en las distintas comunidades, que a menudo resultan ser relaciones de poder formal o informalmente reconocidas por la sociedad en su conjunto, y el grado de organización interna y externa, es decir, la que se da en el seno de cada grupo y entre los grupos.

Podría agregarse la desigualdad de recursos u oportunidades, pero en los tiempos que corren es común minimizar su potencial inflamatorio, a pesar de las recientes manifestaciones planetarias en contra de los privilegios de los sectores financieros. Suele recurrirse a medidas disolventes y subterfugios mediatizadores. Análoga operación se da en otros ámbitos sociales, con variado éxito. La manipulación de la clase social, por ejemplo, o la conciencia de clase. En esta época de *outsourcing*, ahora que el ejército de reserva de mano de obra ha adquirido dimensiones hasta cierto punto mundiales, se manifiestan fuertes intereses en pro de privilegiar la solidaridad con la empresa donde se trabaja, por encima de la solidaridad de clase.

Se pueden hacer cortes según otros criterios, que permiten a veces establecer puentes entre algunos de esos ejes. Así, por ejemplo, con frecuencia las cofradías musulmanas trascienden etnias, naciones, ocupaciones, etc., y, lo que es más significativo, por lo menos en ciertas prácticas, las fronteras entre el Islam y otras religiones.

Resulta revelador observar los patrones de asentamiento que se han dado a través de los siglos, en zonas urbanas y rurales, entendiendo por rurales (en ciertas regiones) tanto las de cultivadores como de pastores, sean nómadas o sedentarios. Esto es, valiéndonos de una división como la que suele postular Ibn Jaldún en la *Muqaddima*. En las distintas regiones se ha estudiado mejor la evolución de los asentamientos urbanos que la de las rurales (por razón, sobre todo, del propio interés de los estudiosos y de la relativa abundancia de documentos y testimonios arqueológicos).<sup>1</sup> En la historia ha sido frecuente, y no sólo en tierras de mayoría musulmana, que la población se agrupe por profesión o por religión, o por ambos criterios simultáneamente. Desde el punto de vista de los habitantes, el estar agrupados quizá facilite una mejor defensa en caso de peligro; desde el del gobierno, se logra un mejor encuadramiento, por ejemplo, para la recaudación de impuestos, además de la reducción de las posibilidades de contaminación de diversa laya cuando existen pruritos de ese tipo.

La población flotante puede ser objeto de conductas hostiles, y no es raro que se le asigne el papel de chivos expiatorios. Importa, entonces, el estatuto de los no residentes en una localidad: viajeros, comerciantes, peregrinos, predicadores, etc. Y no se diga la trascendencia de los movimientos de migrantes.

Hay otras líneas de fractura imaginables entre grupos, unas más plausibles que otras. Por ejemplo, el conjunto de las mujeres por oposición al conjunto de los hombres. Pero es difícil concebir un conflicto armado entre los dos colectivos, a pesar de la secular y casi universal dominación masculina, hasta recientemente. Entre otras razones, la logística conspira para hacerlo improbable. ¿Qué pasaría con los niños;

<sup>1</sup> Como un ejemplo, puede mencionarse el trabajo de André Raymond acerca de los comerciantes de El Cairo en el siglo XVIII de la era común.

con miembros de cuál bando se quedarían? Sin embargo, no habría necesidad de separación física de los colectivos contendientes: la insurrección podría tener lugar dentro de las unidades familiares [*cfr.* Aristófanes, *Lisístrata*], no por fuerza a muerte: se pondría en riesgo la supervivencia de la especie (aunque hoy en potencia no se desecha la clonación de humanos a partir de la dotación genética de las células).

Podría pensarse en conflictos graves entre jóvenes y viejos o, con mayor generalidad, grupos de edades contra grupos de edades (lo que exigiría un criterio parcialmente arbitrario para asignar las personas a los distintos grupos). La indudable diferencia de intereses entre unos y otros no acostumbra propiciar enfrenamientos.

Vale la pena observar cómo en la visión habitual los grupos que se muestran como vehículo de poderosas identidades colectivas asumen un carácter de permanencia que las hace asimilables a características o propiedades innatas o casi. Es decir, se presume que los individuos nacen dentro de ellos y quedan prácticamente marcados para siempre en su pertenencia, aunque se aparten de ella o pretendan disimularla. Así, si se nace dentro de una comunidad religiosa es bastante usual que se siga perteneciendo a ella oficialmente o en la percepción de los restantes correligionarios y de los externos al grupo, aunque la persona deje de tener como religión la que identifica a esa comunidad. Algo análogo sucede con la pertenencia a clanes o tribus o a determinada etnia, aun cuando no haya rasgos exteriores fácilmente determinables. Y aunque en ocasiones lo que objetivamente distinga a una etnia de otra sea mínimo (podría alegarse, digamos, respecto de serbios y croatas). Si bien a veces queda incierta la situación de quienes descienden de personas pertenecientes a dos o más comunidades, no es raro que estén expuestas a la amistad o a la enemistad proporcionada a los miembros de cada una de las comunidades de origen. Y algo no desdeñable, aun cuando la pertinencia de la pertenencia se



vaya atenuando, por ejemplo, con la migración a territorios donde los miembros de la propia comunidad conviven con comunidades ajenas, como una especie de adscripción por esencia, en cuanto es difícil sustraerse del grupo.

Considerando la evolución misma de dichas comunidades, a menudo es importante examinar cómo la historia de las relaciones incide en la percepción de unas comunidades por parte de otras; por ejemplo, la historia demográfica de cada una y la percepción de peligro al advertir (o creer advertir) que la otra comunidad está creciendo y desplazando a la propia en terrenos que se consideran vitales. Las prácticas matrimoniales exógamas o endógamas pueden incidir en relaciones mayor o menormente pacíficas entre comunidades, como han señalado algunos antropólogos y demógrafos.<sup>2</sup>

No siempre son unánimes los criterios para decidir qué es etnia y qué no, ni siempre las decisiones están inmunes a ideologías e intereses. Del mismo modo, no es infrecuente ver cómo se intenta diferenciar más de la cuenta (se diría) a una comunidad o grupo del resto de la sociedad. Por ejemplo, como hacen algunos observadores externos, insistir en que los caldeos iraquíes son absolutamente distintos de los árabes y que constituyen una etnia aparte. Saddam Hussein, durante la guerra con Irán (1980-1988), con el ojo puesto en sus valedores del Golfo, quiso presentar el conflicto como de árabes contra persas, e internamente intentó aparecer como adalid del Islam (“Dios es el más grande”, en la bandera), no obstante la trayectoria secularista del régimen. Aunque habría desajuste en cuanto a que históricamente el mensaje del Islam se presenta como universalista y no como restringido a una nación, muchos cayeron en la trampa. Es interesante comprobar una vez más cómo los propaladores de ciertos mensajes que chocan entre sí se salen con la suya cuando los mensajes están destinados a públicos diferentes.

<sup>2</sup> Courbage y Todd, *Encuentro de civilizaciones*.

También las agrupaciones urbanas según profesión o actividad económica (gremios, por ejemplo), sobre todo en épocas pretéritas, revisten en cierto sentido y parcialmente el carácter de innatas, dado que con cierta frecuencia se seguía la profesión del padre, al menos en lo referente al primogénito. Hasta el día de hoy hay, desde luego, una dialéctica en el seno de cualquier género de corporaciones: defensa hacia el exterior y competencia o rivalidad (por lo menos relativa) hacia el interior.

La cuestión de la fragmentación comunitaria viene especialmente a cuento en relación con los obstáculos reales o ficticios al asentamiento de la democracia en las sociedades de fuerte presencia islámica. Nadie ignora, respecto de ellas, el inveterado discurso sobre la presunta alergia congénita del Islam a la democracia. En algunas ocasiones, el acento se pone no en el Islam, sino en variedades del denominado islam político; en esto, como se sabe, suelen coincidir los propios gobernantes autoritarios de países musulmanes.

Parecería que la diversificación en el seno de una sociedad, la existencia de múltiples grupos o comunidades, es por sí sola insuficiente para arriesgar la gobernabilidad y propiciar el surgimiento de conflictos graves. ¿Cuál sería el rasgo distintivo?

Sin embargo, los conflictos entre grupos o colectivos existen, conflictos que enfrentan a la abrumadora mayoría de los miembros de uno contra la del otro. A veces el espíritu de grupo es provocado o reforzado por los que no pertenecen a él. Si un colectivo las emprende indiscriminadamente contra otro, éste tenderá a cerrar filas, por muy poco cohesionado que haya estado con anterioridad.

Casi nunca los enfrentamientos entre comunidades de la índole que sean son unidimensionales. Por ejemplo, en la ex federación yugoslava había repúblicas que estaban a la zaga en casi todos los indicadores socioeconómicos. En amplios

sectores, no en todos, había ido creciendo el malestar por lo que se percibía como una situación injusta.

¿Por qué, pues, se privilegian en el análisis esos tres tipos de diversidad apuntados al principio (étnica, religiosa, tribal) y no otros naturales (por ejemplo, sexo, edad) o cultural-sociales (clase o estrato, estilo de vida, escolaridad, región, lugar de nacimiento, ser nacional o inmigrante, económico, refugiado)? Para sustanciar esa preferencia, suele aducirse el potencial incendiario de las identidades étnicas (y tribales) y las religiosas, oponibles a otras identidades del mismo tipo; suele invocarse, además, su carácter cuasi-natural (en cierto modo es normal nacer en ellos) y el hecho de que se trata de colectivos con organización interna. Son respuestas insatisfactorias: les sobra y les falta. Otras explicaciones, más plausibles, como la de Rami Khouri, acuden a carencias básicas de Estado y gobierno que los ciudadanos o súbditos buscan compensar refugiándose en la etnia o comunidad religiosa: “Sectarian/religious/ethnic tensions across the Arab world primarily reflect deficiencies in two important and related arenas: the legitimacy and structure of statehood, and the nature and quality of political governance. Arab countries have denied their people credible democratic political participation and accountability; therefore their citizens do not enjoy the bounty of state services, security, equality and opportunity that should accompany real citizenship. Instead, individuals turn to their ethnic/religious group for identity, representation, services and protection, while both our own Arab autocrats and foreign powers alike manipulate sectarianism for their own ends” (“Reconnecting Sect, Tribe and State”, *Agence Global*, 25-VII-2011).

También se alega que la preeminencia del trío se debe a que las sociedades en que se da son poco desarrolladas en otros tipos de diferenciación, que por ejemplo, el proletariado es débil porque la industrialización es débil. En cuanto a ausencia de conflicto originado por la dominación masculina

se ha sostenido que en tales sociedades ésta es tan fuerte que las mujeres la consideran natural o inevitable o ni siquiera hay manera de plantear las reivindicaciones.

Sin embargo, conviene no simplificar en exceso. Desde luego hay rasgos en común en los países árabes. Por ejemplo, en casi todos, hasta hace poco, el cultivo de la tierra era la ocupación de la mayoría de los habitantes. Pero, pese a esas coincidencias, son diversos socialmente. Sin ir más lejos, hay marcadas diferencias entre países ricos y pobres según el ingreso per cápita, entre Arabia Saudí y Egipto, digamos. Hace unos días el director del periódico *al-Quds al-`Arabi*, Abd al-Bari `Atwan,<sup>3</sup> contrastaba la simplicidad de la sociedad libia con las de Túnez y Egipto, destacando en las segundas la presencia palpable de una sociedad civil. Asimismo, factores como la composición demográfica de los estados o la naturaleza de las alianzas exteriores son importantes. A fin de facilitar la descripción podemos partir de los miembros de la Liga Árabe y los criterios por los que se rige oficialmente. En este contexto, no viene muy al caso el hecho de que la Liga misma en varios aspectos es una entidad ficticia. Según tales criterios, son árabes los que hablan la lengua árabe y se consideran a sí mismos árabes (por tanto, hay aquí una sui-referencialidad). No está de más recordar que hay estados miembros que no cumplen con el requisito de la lengua y que, sin embargo, han sido acogidos por razones de corte político.

Globalmente, si nos movemos desde el Magrib al Masriq, observaremos que dentro de una homogeneidad básica hay diferencias palpables de país a país, según decíamos. Un par de ejemplos. Mauritania se caracteriza por el marcadamente diverso régimen de vida de sus poblaciones, de pastores, campesinos y residentes urbanos; étnicamente, también se presenta una pluralidad: árabes, bereberes, wolof, soninke.

<sup>3</sup> Entrevista con la BBC, agosto de 2011.

El país ha estado expuesto al frecuente escenario de cuartelazos con la habitual intervención de potencias extranjeras. La herencia colonial, a manos de Francia, no modificó esencialmente la precariedad de este país pobre con próxima explotación petrolera mediante plataformas marítimas.

Otro país del desierto, la RASD, ha sido secuestrado por Marruecos, que ha emprendido la marroquinización implantando instituciones y alentando la colonización. Desde el punto de vista étnico es más homogéneo que Mauritania y otros de la región. Entre un tercio y la mitad de los saharauíes son refugiados, especialmente en Argelia (Tinduf).

Marruecos está regido por una pluricentenaria dinastía; además, representa una excepción en cuanto a que, junto con las actuales Mauritania y la RASD, nunca formó parte del imperio otomano, dato importante, aun habida cuenta de que en vastas geografías el alcance del gobierno otomano fue casi siempre meramente nominal o indirecto. Esta antigua independencia se manifiesta con claridad en las tradiciones políticas, y, de modo pertinente, en la manera de administrar los conflictos comunitarios, aparte de un carisma del monarca, hasta cierto punto operativo, fundado en la sanción divina. El país sí fue ocupado en fechas recientes por una potencia externa, Francia, de la cual fue protectorado, y merced a ello hubo de admitir un buen número de colonos provenientes de la potencia ocupante y del sur de Europa. En cuanto a etnias, están muy presentes las poblaciones amazigh (bereberes), que en gran medida han sido el núcleo originario del pueblo marroquí actual, aun cuando muchos marroquíes no se reconocen ya sino como culturalmente árabes. Aquí cabe observar que no es forzoso establecer una diferencia irreconciliable entre amazigh y árabes; un mismo intelectual, digamos, puede sentirse a sus anchas en ambas culturas y en las dos lenguas (en sus respectivas variedades vernáculos y cultas, como suele decirse). Históricamente, y hoy de forma atenuada, han sido vigentes las grandes

confederaciones tribales, movilizadas sobre todo en las migraciones colectivas y en la lucha por el poder, dinásticas o de otra naturaleza. Como en el conjunto del Magrib, hasta hace poco el alcance del gobierno ha sido más palpable en las zonas próximas a las costas. Hasta el día de hoy subsiste una comunidad judía, que en general mantiene una relación especial con el rey, a pesar de la extensa migración a Israel y a Europa.

Jordania, creación de la corona británica, sigue dependiendo del exterior para su subsistencia. Contiene básicamente dos sectores poblacionales diversos, aunque ambos interactúan y no escasean las personas que descienden de los dos: pobladores originarios, en su mayoría agricultores y beduinos, y palestinos, en su mayoría refugiados o descendientes de refugiados; desde el punto de vista religioso, la población es mayoritariamente musulmana, con un conjunto no desdeñable de cristianos. Hay otros grupos minoritarios, como cherqueses asentados por el gobierno durante la época otomana y una pequeña comunidad armenia constituida por refugiados y sus descendientes. Los beduinos, en cuyo seno el ocupante británico reclutó la Legión Árabe, funcionan a través de sus jefes en cierto grado como puntales del régimen, y conservan en gran medida su estructura tribal en un sistema de lealtades a la corona hashimí alimentadas (con algunas gotas de imaginación) por el vínculo con la historia de la península arábiga. Junto con ello, se ha producido el crecimiento de ciudades como Ammán e Irbid, no muy diferentes en su funcionar a conglomerados urbanos de otras regiones. El gobierno generalmente se las ha arreglado para cooptar a potenciales opositores como la Hermandad Musulmana.

Igualmente hay que tener en cuenta la evolución de las sociedades. Así pues, a nadie debe sorprender que la organización tribal de Libia no funciona exactamente igual hoy a como funcionaba durante la monarquía senusí o bajo el dominio italiano. Por otro lado, es claro que la evolución

puede ser involución. Por ejemplo, tras la independencia, en el complejo Sudán se pasó de una sociedad relativamente respetuosa de los derechos de opinión, reunión y asociación a algo bastante más imperfecto. Como es de conocimiento público, el país ha sido víctima de varias guerras civiles de diversa índole y ha sido objeto de la implantación reiterada, aunque con altibajos, de lo que pasa como ley islámica, que se ha usado de pretexto para reprimir no tan esporádicamente a secularistas y grupos no musulmanes. No sobra recordar que, en el aspecto económico, en términos generales el descubrimiento y explotación del petróleo no ha redundado en el bienestar colectivo.

Si miramos a las monarquías del Golfo, destacan tres características presentes en casi todas ellas: el desigual reparto de la riqueza (no sólo petrolera), aun cuando con mínimos superiores a la media del conjunto de países de mayoría árabe; en correspondencia con ello, una gran proporción de inmigrantes que asumen la mayoría de los trabajos y poseen derechos limitados, y en tercer lugar el marcado tradicionalismo de la forma de gobernar y las instituciones operantes, pese a que las sociedades están mudando. En el plano de la diversidad religiosa esos países son desigualmente heterogéneos, aunque con frecuencia hay importantes grupos de shiíes, discriminados en mayor o menor medida.

En términos generales, independientemente de la zona del mundo de que se trate, el que alguien se identifique con algún clan o tribu no dice mucho por sí solo. Aunque hay un número significativo de casos claros de vigencia de esas categorías, con las correspondientes identidades asumidas por unos y reconocidas por quienes dentro de la misma sociedad ostentan otras identidades del mismo género, en algunos casos la pertenencia reviste casi exclusivamente un carácter simbólico o ritual. En Egipto me tocó alguna vez oír a personas pertenecientes al ámbito urbano decir que procedían de tal o cual tribu de los árabes que se asentaron en el

país. Es probable que se trate de una reconstrucción hasta cierto punto arbitraria; de este modo, allí el identificarse con alguna tribu casi siempre resulta de modestos alcances en las transacciones cotidianas. Sin duda los símbolos no carecen de importancia, pero en general no es saludable confundir los símbolos con lo que no son. Piénsese, por ejemplo, en los clanes escoceses. La sociedad de la que los escoceses de hoy forman parte funciona mayoritariamente de manera que las relaciones sociales involucran sólo marginalmente el pertenecer a tal o cual clan. Por lo menos en circunstancias normales, podrá añadirse, en circunstancias donde no se percibe ningún peligro que requiera reagruparse según líneas clánicas a fin de mejorar las posibilidades de defensa del grupo amenazado. En un ámbito y orden de ideas distintos, aunque coincidente desde el punto de vista geográfico, pueden observarse analogías en el hecho de que la reina encabeza la iglesia anglicana: para casi todos los efectos, sin embargo, los países que constituyen el Reino Unido forman un Estado laico.

Regresando a los países de mayoría árabe, han de explicarse el origen y la permanencia de la diversidad religiosa y étnica. Una parte de la explicación es antigua. En cambio, el ocasional exacerbamiento de las banderas ha crecido en fechas recientes. Históricamente, la multiplicidad se fue dando por incorporación y diferenciación. Es útil mirar a ciertas formaciones políticas dinásticas que agrupaban a numerosos pueblos y que han dejado su huella según el modo en que se comportaban con ellos. Una muy antigua como el imperio de los Aqueménidas, constituido en el siglo VI a.C., en cuya cima se situaba la aristocracia medo-persa, mantuvo vigilados a través de las satrapías a los pueblos que fue englobando, pero sin intentos de asimilación ni proselitismo, y llegó a servirse de un idioma que no era el de los dinastas, el arameo, como *lingua franca*. Era usual en el pasado que los pueblos se distinguieran por una fe propia, junto con la



lengua y otros rasgos. No todos los grandes imperios tuvieron siempre una vocación de respeto a la disidencia religiosa; el imperio cuyas mutaciones culminaron en el Imperio austro-húngaro fue en alguna época sacro y romano y se lo tomó muy en serio. La expansión musulmana tuvo como una de sus consecuencias la paulatina conversión del grueso de los habitantes, generalmente no forzada, lo que representó la permanencia de las comunidades que ya existían, algunas de las cuales se habían dividido antes por discrepancia de doctrina religiosa (y otros motivos más mundanos). A la par, la extensión de la arabización tuvo un curso progresivo. Con el tiempo, el Islam se fue diferenciando en comunidades escindidas, como shiíes y jariyíes. En el Magreb, con la expansión europea aparecieron nuevas escisiones en las comunidades cristianas a través de los misioneros: cada una de las existentes llegó a tener además una rama católica y una rama de alguna de las confesiones protestantes. El imperio otomano, sucesor de Bizancio y del imperio mameluco, llegó a abarcar, al menos nominalmente, a casi todos los actuales países árabes; una excepción conspicua es el actual reino de Marruecos. Ambos estados y otros del mundo de predominio musulmán desarrollan características que se habían producido antes en imperios islámicos, como el omeya, el abasí y el ya mencionado de los mamelucos, pero gran parte de sus rasgos no son privativos del Islam, sin ser contrarios a la doctrina islámica. La diversidad fue preservada y jerarquizada por el Estado otomano y sus antecesores. Resalta en ellos la institución de la *dhimma*, protección de las comunidades no musulmanas, agrupadas según criterio religioso. A veces la diversidad se multiplicaba geográficamente a través de grupos que buscaban una vida más autónoma, por ejemplo, sustrayéndose al recaudador de impuestos: así los drusos y los maronitas se establecen en la montaña libanesa y otras zonas de refugio (si pedimos prestado y trivializamos un tanto el concepto de Aguirre Beltrán).

Conflictos que originalmente no son religiosos ni étnicos pueden transformarse en tales. Ejemplos de conflictos que son en su origen religiosos, al menos por lo que respecta a una de las partes: prohibición de acceso al culto; discriminación en el cobro de impuestos. O de origen étnico: privación de la ciudadanía, supresión de prácticas culturales, imposición de otras (por ejemplo, la lengua). O tribales: conquista y sojuzgamiento, despojo de bienes de la tribu. El caso de Beirut en la guerra civil de 1975 a 1991 es significativo: llegó un momento en que en el este de la ciudad se agruparon casi exclusivamente cristianos, y en el oeste musulmanes. Sofia T. Shwayri recuerda cómo, durante un largo periodo de la guerra, por obra de los enfrentamientos armados tres zonas donde antes del conflicto confluían todas las comunidades, a saber, el centro comercial y financiero, el puerto y el aeropuerto, dejaron de ser lugares de todos (“From regional node to backwater and back to uncertainty: Beirut, 1943-2006”, en *The evolving Arab city*, Routledge, 2008). Pero el conflicto no era en su origen un enfrentamiento entre comunidades religiosas. No se olvide la intervención armada israelí y, sin paradoja, el intento de transformar Líbano en un Estado cristiano (acaudillado por Bashir Gemayel al frente de las Falanges Libanesas).

Hay conflictos que no son ni religiosos, ni tribales, ni étnicos, ni son reducibles a ellos. Un ejemplo importante de la región: si bien el Fath es catalogado como secularista y Hamas es conceptuado como islamista, el contencioso entre ambas organizaciones no puede reducirse a islamismo político frente a laicismo político. Sin desconocer esa dimensión y las consiguientes diferencias de enfoque, es sustancialmente político, no religioso, ni tampoco movido por la primacía de clanes. Tiene mucho que ver con lo que un sector de la población percibe como la falta de realización de una paz justa. El desencuentro entre ambas formaciones se ha desenvuelto en un marco de continuo asedio y de la expansión de las colonias

en la tierra ocupada. Muchos observadores han puesto de relieve cómo cuando el pueblo palestino habló en las urnas la democracia fue sofocada.

De manera semejante, los enfrentamientos armados durante meses entre grupos shiíes y sunníes en Iraq no se explican por las diferencias doctrinarias y sin duda no es ajena a la invasión al país.

Históricamente y hoy, la manipulación interna y externa se ha empleado para dividir y controlar las comunidades. Potencias extranjeras y gobiernos de los propios países han operado en este sentido. Durante los 130 años de ocupación francesa en Argelia se evidenció un recurrente trato de manera diferencial a las comunidades, a menudo jerarquizándolas, como uno de los vehículos coadyuvantes a la colonización y el despojo a las mayorías. Primero, separando a unas comunidades de otras, recalcando las diferencias, destacando los intereses pretendida o realmente incompatibles. Una muestra es la insistencia de los ideólogos de la colonización en el Maghreb en el carácter bereber [amazigh, diríamos hoy con mayor propiedad] de la población de base, en contraste con los árabes (proceder singularmente notorio con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, en un tiempo de auge del nacionalismo árabe); otra, el tratamiento diferencial de los judíos respecto de los musulmanes en cuanto a derechos; a aquéllos se les acaba concediendo la nacionalidad francesa. Y, como ha sucedido en otras regiones, el empleo de un grupo como intermediario (privilegiado) entre el ocupante y la mayoría de la población. Hacia mediados del siglo XIX tuvieron lugar matanzas de cristianos en la montaña libanesa y Damasco. Está bien documentada la manipulación de potencias europeas en esos conflictos sangrientos. En Siria, bajo el mandato francés, se crearon miniestados; se decidió una composición de las fuerzas armadas donde algunas minorías como la alauí y la kurda estaban sobrerrepresentadas. En Líbano, además de separarlo de Siria, se sentaron las

bases del sistema confesional, especie de camisa de fuerza de la vida política: ¿por qué ese sistema subsiste tanto tiempo después de la independencia? A grandes rasgos, sobre todo por los intereses creados, que administra una elite de jeques: también los hay cristianos.

Pero, desde luego, no han de descuidarse las manipulaciones internas por parte de los propios gobiernos. En Egipto, tiene su historia la manipulación de los enfrentamientos entre musulmanes y coptos. Se demostró una vez más durante las manifestaciones en contra del gobierno autoritario de Mubarak que el régimen propiciaba las pugnas entre cristianos y musulmanes a fin de aparecer indispensable para preservar la paz (paradójicamente). La deriva armada de las reivindicaciones de kurdos y shiíes en Iraq no se origina en la salvaje represión de Saddam pero se vuelve apremiante tras ella.

No todo se explica por la manipulación y la intervención. Podría pensarse que si las potencias o el gobierno dejaran de manipular todo se solucionaría. Es muy improbable que los entes con poder dejen de manipular o de interferir de alguna forma. Entonces, para sortear los problemas internos los movimientos de liberación y democratización han de contar con la posibilidad de la injerencia desde fuera de ellos. No hay soluciones automáticas.

Las diversidades pueden separar pero también pueden unir. El ejemplo mayoritario de los opositores a las dictaduras árabes es significativo. En Siria, algunas consignas de las demostraciones apuntan a la concertación de esfuerzos: así, las marchas después de la oración de los viernes han podido llamarse “viernes de las tribus” o “viernes de *azadî*” (“libertad” en kurdo). Las tribus, las etnias y las confesiones no están predestinadas al conflicto. El famoso dicho árabe: “Yo contra mi hermano, mis hermanos y yo contra mis primos, mis primos y yo contra el mundo”, se ha utilizado como indicio de la fatalidad de la división en las sociedades árabes;

quienes así lo utilizan olvidan que los refranes y expresiones afines se usan según las circunstancias y que son susceptibles de varios empleos (por ejemplo, el irónico). Elbaki Hermassi<sup>4</sup> y otros hacen bien en criticar el uso del dicho de marras como si fuera una ley sociológica. Por otro lado, la diferenciación puede dificultar el consenso, pero también puede darse esa dificultad cuando no hay diferenciación en esos tres ejes (etnia, tribu, religión). Asimismo, se pueden hacer cortes según otros criterios, que permiten a veces discernir el establecimiento de puentes entre varios de esos ejes. De este modo, por ejemplo, con frecuencia las cofradías musulmanas trascienden etnias, naciones, ocupaciones, etc., y, lo que es más significativo, por lo menos en ciertas prácticas, las fronteras entre el Islam y otras religiones.

Para concluir, prácticamente dentro de cualquier grupo humano puede surgir el conflicto, cuya solución o falta de ella frecuentemente tiene mucho que ver con la existencia o la ausencia de instituciones capaces de abordarlos. La destrucción de instituciones y personas pasa la cuenta, que generalmente pagan las sociedades agredidas. La diplomacia de los bombardeos y las invasiones ha servido para fracturar, diezmar, enfrentar y empobrecer a las poblaciones autóctonas. Nada permite augurar que sirva para mejores fines.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Al Oudat, Mohammed Ali y Ayman Alshboul: "Jordan first: tribalism, nationalism and legitimacy of power in Jordan", *Intellectual Discourse*, vol. 18, núm. 1, 2010, pp. 65-96.
- Casciarri, Barbara, "Between market logic and communal practices: pastoral nomad groups and globalization in contemporary Sudan (Case studies from central and wes-

<sup>4</sup> *Etat et société au Maghreb*.

- tern Sudan)", *Nomadic Peoples* (2009), vol. 13, núm. 1, pp. 69-91.
- Cole, Donald P., "Where Have the Bedouin Gone?", *Anthropological Quarterly*, vol. 76, núm. 2, primavera de 2003, pp. 235-267.
- Courbage, Youssef y Emmanuel Todd, *Encuentro de civilizaciones*, trad. Marisa Pérez Colina, Madrid, Foca, 2009.
- Ehteshami, Anoushirvan y Steven Wright, "Political change in the Arab oil monarchies: from liberalization to enfranchisement", *International Affairs* 83: 5 (2007), pp. 913-932.
- Elie, Serge D., "State-Community Relations in Yemen: Soqatra's Historical Formation as a Sub-National Polity", *History and Anthropology*, vol. 20, núm. 4, diciembre de 2009, pp. 363-393.
- Hermassi, Elbaki, *Etat et société au Maghreb, étude comparative*, prefacio de Maxime Rodinson, París, Anthropos [c. 1975].
- Khourri, Rami, "Reconnecting Sect, Tribe and State", *Agence Global*, 25-VII-2011.
- Maalouf, Amin, *Les Identités meurtrières*, París, Grasset, 1998.
- Naïr, Sami, "El loco de Oslo", *El País*, 30 de julio de 2011.
- O'Malley, Vincent, "Reinventing Tribal Mechanisms of Governance: The Emergence of Maori Runanga and Komiti in New Zealand before 1900", *Ethnohistory* 56:1, invierno de 2009, pp. 69-89.
- Raymond, André, *Artisans et commerçants au Caire au XVIIIe siècle*, 2 v., Damas, Institut Francais de Damas, 1973-1974.
- Salzman, Philip Carl, "The Iron Law of Politics". *Politics and the Life Sciences*, vol. 23, núm. 2, 30 de agosto de 2005, pp. 20-39.
- Sartori, Giovanni, *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Taurus, Madrid, 2001.

- Sen, Amartya, *Identity and violence: the illusion of destiny*, Nueva York, W.W. Norton, 2006.
- Shwayri, Sofia T., "From regional node to backwater and back to uncertainty: Beirut, 1943-2006", *The evolving Arab city*, Routledge, 2008.
- Weidmann, Nils B. y Michael D. Ward, "Predicting Conflict in Space and Time", *Journal of Conflict Resolution* 54(6), 2010, pp. 883-891. Publicado originalmente en línea el 22 de julio de 2010, [jcr.sagepub.com](http://jcr.sagepub.com) y COLEGIO DE MEXICO BIBL el 30 de julio de 2011.
- Zaidi, Syed Manzar Abbas, "Tribalism, Islamism, leadership and the *assabiyyas*", *Journal for the Study of Religions and Ideologies*, 9, 25, primavera de 2010, pp. 133-154.